

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 175.—15 de Junio de 1877.



*Dios es caridad. (San
Epist. I, 4, 8.)*

SUSCRICION

à favor de los heridos de Oriente.

Suma anterior.	520
La Exma. Señora Duquesa de Medinaceli.	1.000
M. P. de T.	40
	<hr/>
	1.560

Continúa abierta la suscripcion en la calle de Leganitos, núm. 33, 2.º izquierda, donde se reciben tambien trapos, hilas, vendajes, etc.

El Sr. Conde de Serrurier, nos dice que el comité francés se encargará de remitir á Oriente los socorros que se envíen de España. Reciba las gracias nuestro amigo y de los heridos de todas las naciones, y déselas en nuestro nombre al Sr. Duque de Nemours, presidente del comité. Ojalá que su ofrecimiento pueda utilizarse y que no tengamos que decir con rubor y pena: ¡Ha sido vano!

¡PRISION PREVENTIVA!

¡Cuántas veces hemos escrito sobre este asunto! ¡Cuántas habremos de escribir todavía! Sí, cuántas, porque ni nuestras leyes se modifican, ni nuestros tribunales se enmiendan, ni la conciencia pública despierta de su culpable y vergonzoso le-

targo, ni la nuestra nos consiente callar cuando la humanidad y la justicia hablan tan alto. En esta Revista, en nuestras conversaciones, en nuestros Estudios penitenciarios, donde quiera, y siempre que podemos, alzamos la voz contra ese atentado jurídico, que encierra á un hombre sin razon, y prolonga su cautiverio sin derecho y sin piedad, y nuestra voz se alza en vano, se pierde en el vacío, y en nombre de la ley se continúa escarneciendo la justicia. A la larga lista de las víctimas de la prision preventiva, ignoradas la mayor parte, añadamos dos, que á esta hora tal vez sean tres, de que hace mencion el siguiente suelto de un periódico:

«Tres años lleva ya de existencia un proceso instruido contra varias personas presas en Cadiz, acusadas, al parecer, de pertenecer á la asociacion internacional de trabajadores. Durante este tiempo, han fallecido dos de los presos: otro se halla gravemente enfermo, y los restantes en el deplorable estado que puede presumirse.

»Si se prueba en juicio que esos infelices han sido afiliados á una asociacion ilícita y resultan en contra suya circunstancias agravantes, podrán ser condenados, cuando más, á seis meses de arresto mayor.»

Hombres que tal vez sean inocentes, que caso de no serlo han incurrido en una pena que no es grave, han sufrido, unos la de muerte, otros llevan de prision tres años, y llevarán todo el tiempo que á los señores Jueces plazca tenerlos cautivos. Si se dice que los muertos podrian tambien haber sucumbido en libertad, y enfermado los enfermos, diremos que está en lo posible pero no ni con mucho en lo probable, que si tuviéramos detalles que nos faltan, veriamos hasta qué punto este encierro es la causa determinante de la muerte. Porque téngase entendido, que esa cárcel á donde se lleva con tanta facilidad, de donde se sale tan dificilmente, si no hay valedores fuera, esa cárcel para el pobre, es peor que el presidio. En este, siquiera, sabe el penado por cuánto tiempo lo es; tiene la esperanza del indulto, local, aunque malo, mucho mejor que suelen ser nuestras cárceles, vestido, y si está enfermo, cama y asistencia médica. A un preso no se viste, se le mete en una mazmorra como la cárcel de Santiago, y se le deja morir en el suelo como en la cárcel de Alcalá de Henares. Y esto por meses ó por años, segun plazca á los señores curiales. Si sufre, si enferma, si ve perecer de miseria á su familia, si muere, ¿qué importa? ¿No es preso? ¿Qué es la justicia para él? Eso á que todo el mundo tiene miedo, excepto los que debieran temerla.

Comparad esos acusados de delitos leves que permanecen años en la cárcel, que se *podren* en ellas, segun una expresion horribilmente gráfica, con tantos delincuentes como conoceis que se burlan de la ley, con tantos criminales cuyos indultos llenan todos los meses las columnas de la *Gaceta*: reflexionad bien sobre todo ello, y decid si esos presos, tratados tan cruel é injustamente, si las familias de los muertos en la cárcel, no tendrán reconcentrado odio contra la sociedad que así los oprime, y si eso que se llama la Justicia, no hace más para encender las pasiones populares, que todos los tribunos demagogos.

¿Quién es, cómo se llama ese Juez de Cádiz que tiene tres años en la cárcel, acusados que, caso de ser convictos, no incurrirán en más pena que la de seis meses de prision mayor? ¿Quién es? Un Juez como otro cualquiera. ¿Cómo se llama? Question de nombre. ¿Quiénes son, cómo se llaman los individuos de la Audiencia, los del Tribunal Supremo, el Ministro de Gracia y Justicia, los que componen el Consejo de Ministros y los Cuerpos Colegisladores? ¿Quién es la nacion entera que consiente este atentado permanente contra el derecho? ¿Quién es? ¡Ah! Es un pueblo que no comprende, ni respeta, ni practica la justicia, y donde las imperfecciones de la ley van por la práctica, como la bola de nieve por la montaña nevada. Si la ley es justa, suele ser letra muerta; si injusta, su maldad adquiere fuerza al contacto de cada hombre encargado de practicarla.

Así, al abuso de encarcelar con leve motivo, se añade la interminable prolongacion de los procedimientos; la falta de las cosas más necesarias que experimentan los presos pobres; los malos tratamientos de que son objeto; el *via-crucis* de las marchas y cárceles de tránsito; la posibilidad de recibir el tiro de un centinela; y se añaden en fin tantas cosas, que no hay ninguna más injusta y más vergonzosa que la prision preventiva tal como se practica en España.

¿Qué hacer? ¿Nada? Es muy duro, la conciencia y el corazon protestan. ¿Algo? Es imposible, lo parece al ménos para quien carece de prestigio, de autoridad, de poder.

Para descargo de la conciencia y desahogo del corazon vamos á intentar algo. Si entre los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD, hay algunos á quienes inspiren compasion el pobre preso, á veces inocente, ó que por delito leve sufre sin juicio penas graves; si hay algunos que sientan los dolores y las injusticias que hay en la cárcel con bastante fuerza para querer buscarles

algun remedio, algun lenitivo siquiera, que se dirijan á la que escribe estas líneas, y aunque seamos pocos, muy pocos, empezaremos una campaña contra la prision preventiva tal como hoy se practica, y algo podremos hacer para mejorarla. Si no hay nadie que eficazmente quiera contribuir á esta buena obra, quede este inútil llamamiento en las colecciones de nuestra Revista, y pueda ser contestado cuando la que lo hace ya no exista, por otra generacion en que sea más fuerte el espíritu de Justicia y de Caridad.

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 5 de Junio de 1877.

LA VOZ EN EL DESIERTO. (1)

Con este título se ha publicado un opúsculo traducido del francés, su autora Josefina Butler. Pequeño por su volúmen, grande por su objeto, sentido como la caridad, vehemente como el entusiasmo, firme como el derecho, al través de las lágrimas de la mujer que compadece, deja ver las incontrastables razones del sér racional que piensa, explanadas unas, apuntadas otras, dichas todas con frase entrecortada, como suelen estarlo las palabras de aquel á quien conmueve hondamente la indignacion y el dolor.

Para dar á nuestros lectores una idea tan exacta como nos sea posible de este escrito, empezaremos por copiar su

INTRODUCCION.

«Hácia el fin del año 1874, y á pesar de la inclemencia de un invierno rigurosísimo, una señora inglesa, feliz esposa y buena madre de familia, cruzó el Canal de la Mancha y pasó al continente, solícita por cumplir una mision de humanidad y de caridad cristiana. Josefina E. Butler, esposa del Rev. Jorge Butler, rector del Instituto de Liverpool, abrigaba, muchos años hacia, profunda compasion por las desdichadas víctimas de la inmoralidad de hombres disolutos, algunas de las cuales salvó de la perdicion, recogiénolas en su propia casa ó en una en-

(1) Véndese en la librería nacional y extranjera, Jacometrezo, 59.

fermería por ella fundada en los alrededores de la población. Muchas de ellas le son deudas de la salud y de los medios de volver á una vida moral, y las que eran madres recibieron de su generosidad los auxilios necesarios para la educación de sus hijos. Otras no pudieron recibir de ella sino los últimos consuelos y una sepultura decente. ¡Sólo Dios sabe para cuántas almas afligidas y perdidas ha sido dicha señora instrumento de bendición!

En el mes de Setiembre de 1869 oyó con profundo dolor y asombro que al final de una sesión que se había prolongado hasta altas horas de la noche, y cuando sólo quedaban poquísimos diputados en sus escaños, la Cámara de los Comunes había adoptado, sin discusión, la institución de una «Policía de las costumbres» casi análoga á la que existe en Francia. Esta innovación, es verdad, no debía extenderse sino á unas cuantas estaciones militares y marítimas del Sur de Inglaterra; mas no por eso dejaba de constituir en principio una violación de la libertad individual garantida por la Carta, y un ultraje á la igualdad de la ley moral que debe regir para ambos sexos. La Sra. Butler reunió en su casa á algunas amigas suyas, dignas de ayudarla en la colosal empresa que acometieron, de levantar y restaurar la moralidad pública en su patria; entre ellas á la Sra. Enriqueta Martineau, que fué la primera en abrir la discusión en la prensa de la metrópoli, y á la señorita Mary Carpenter, conocida por su amor á la causa de la educación popular en la India oriental. Desde aquella hora ya no hubo descanso para los legisladores que habían buscado en París sus inspiraciones sobre la pretendida necesidad de reglamentar el vicio y de elevar la prostitución á la altura de una institución nacional. Una primera exposición fué elevada al Parlamento el 1.º de Enero de 1870, y cada año se va renovando el debate y se reproducirá sin trégua, hasta que se haya hecho justicia á las reclamaciones cada día más vivas del pueblo. La Sra. Butler recorrió la Inglaterra y la Escocia, celebrando meetings de 2.000 y 3.000 personas en las poblaciones industriales, y cubriendo el país de una red de comités que debían influir en las elecciones de candidatos al Parlamento, y trabajar por conseguir la anulación de las funestas leyes conocidas por *actas referentes á las enfermedades contagiosas*.

Pero las asociaciones nacionales de la Gran Bretaña muy pronto debieron convencerse de que existía por el mundo un como plan de campaña para la propagación universal de la

prostitucion legal; una sociedad se habia constituido ya con toda formalidad en Lóndres para obrar en este sentido en el interior del Reino Unido.

»Por lo que hace á los varios estados del Continente y de América, no se podia tener la menor duda de lo que les esperaba á unos tras otros, con solo examinar ciertas modificaciones hijas de los congresos internacionales de las ciencias médicas desde el año 1867 en que se celebró el de París. Era, pues, preciso oponer á esta liga de la esclavitud femenina una cruzada internacional para la reivindicacion de los más caros intereses de la humanidad. Entonces fué cuando la señora Butler emprendió un gran viaje de exploracion é informacion, en el cual por una parte asistió á los más dolorosos espectáculos en sus visitas á la prefectura de policia del Sena, á la cárcel de San Lázaro, hospital de Lourcine, asilo dirigido por las diaconisas de la confesion de Augsburgo en París; y por otra parte, fué acogida en Francia con la mayor simpatía por algunas de las notabilidades políticas, cual Julio Simon, Julio Favre, Ed. de Pressensé —despues en Italia, donde su permanencia dió lugar á entusiasmadas manifestaciones en Milan, Florencia, Roma, Nápoles,—y por fin, en Suiza, donde las adhesiones recogidas, así entre las señoras como entre los hombres, tuvieron por resultado la formacion de comités de iniciativa y de propáganda, lo mismo que en Italia.

»Poco tiempo despues del regreso de la señora Butler á su patria, el dia 19 de Marzo de 1875, constituyeron las asociaciones nacionales inglesas, unidas con los comités del Continente, la *Federacion británica y continental para la abolicion de la prostitucion legal ó tolerada*.

»A los pocos meses salió *La Voz del desierto*, enérgica y conmovedora protesta de la mujer oprimida que se rebela por fin contra la iniquidad, la barbarie, la ignominia de las leyes y ordenanzas relativas á la policia de las costumbres, cuyas leyes pesan sobre su sexo por el único derecho de ser el hombre el más fuerte, y para general maldicion de la familia humana.

»El folleto *La Voz del desierto* fué publicado en París, valiéndose los editores de los mismos apuntes que sirvieron á la autora señora Butler en sus conferencias en el Continente. Es, pues, una obra original, no una traduccion del inglés. Hay además otra edicion francesa, dos traducciones alemanas, una italiana, una danesa, y próxima á ver la luz pública otra en flamenco.

»¡Haga Dios que nuestra España no quede aislada del benéfico movimiento iniciado por la señora Butler, y que *La Voz en el desierto* contribuya por su parte á preparar entre nosotros una trasformacion de la opinion y de las costumbres, que redunden en bien de la moralidad, y por consiguiente de la patria!»

Este ha sido el origen de la federacion.

»Aún no han trascurrido dos años, y la asociacion ya se ha hecho general por la accesion de los Norte-Americanos.

»La *cuestion de la moralidad pública*, que la Federacion ha puesto sobre el tapete en una época en que la tolerancia legal era el único credo, preocupa más y más á los pueblos y á los gobiernos.

»Ha llegado á abrirse paso por medio de exposiciones en el Parlamento inglés, en el Parlamento italiano, en el Parlamento germánico, en el Congreso de varios Estados de la Confederacion Suiza. Dentro de poco se presentará tambien ante las Cámaras francesas.

»Ha dado origen en Inglaterra á una asociacion médica nacional, que goza de una influencia moral y científica cada dia más caracterizada.

»Ha sido tomada en consideracion esta seccion médica del Congreso internacional de Higiene y Salvamento, celebrado en Bruselas el año pasado.

»Acaba de dar lugar á una manifestacion unánime de las sociedades obreras italianas.

»Forma el tema de las deliberaciones de una Comision consultiva del Ministerio italiano del Interior, y de una Comision de informacion del Ayuntamiento de París.

»Será discutida bajo todos sus aspectos (moralidad, higiene, legislacion, economía social, beneficencia) en el primer Congreso internacional de la Federacion, que celebrará sus sesiones en Ginebra del 17 al 27 de Setiembre de este año.

»Por todas estas señales se conoce que de lo que se trata es de una cuestion social y vital de las más importantes, y creemos que nada, absolutamente nada, es capaz de impedir su solucion.»

Ya saben nuestros lectores el asunto, el triste, horrible y deplorable asunto de *Una voz en el desierto*. La misma autora dice cómo le trata.

»Confesamos que no es este el lenguaje de la ciencia la fórmula de un dato estadístico, ó de una deducción higiénica. Es lisa y llanamente la explosion de un sentimiento de reprobacion ahogado por espacio de algunos siglos bajo el peso del vicio legalizado; es la protesta femenina, el grito de horror, el llamamiento á la justicia y al imperio de la luz divina, en contraposicion de la ley impura, y á las brutas ordenanzas de los hombres.

»Se criticará sin duda la forma de esta manifestacion, la cual dista mucho de ser perfecta, pero que basta á nuestro propósito. Tambien es cosa imperfecta el sonido de la trompeta que da la señal de la batalla; sin embargo, no se le exige más condicion que la de ser bastante agudo para atraer á los combatientes al sitio de la accion.»

El opúsculo de Josefina Butler es, en efecto, el sonido agudo de la trompeta, pero es algo más; en él ha dado principio el combate, y se asestan golpes terribles al enemigo, porque como ella misma dice:

«Se trata en realidad de una grande obra humanitaria que interesa igualmente á ambos sexos. ¿Cómo, pues, no se ha de dirigir al sentimiento, al alma, á los afectos morales, á la voluntad?»

»Para presentar bajo este nuevo aspecto la cuestion de la prostitucion, bastan dos palabras, dos palabras salidas de los labios de una mujer hablando en nombre de todas las mujeres, y estas dos palabras hélas aquí:

¡NOS REBELAMOS!

Esta sublime rebelde, á pesar de su indignacion generosa, razona, y razona bien. Refiriéndose á París, que es donde la prostitucion legal está mejor reglamentada, y donde dicen que se cumplen mejor los reglamentos, demuestra la inutilidad de estos bajo el punto de vista sanitario, y como, buscando la salud del cuerpo, prescindiendo de la del alma, se pierden entrambas, porque, hágase lo que se haga, el *vicio* no puede ser *sano*. Protesta contra el argumento de que la prostitucion es un mal necesario que ha existido siempre, y exclama:

«El robo y el homicidio son males que siempre han existido; pero á ninguna sociedad le ocurre decir:—Puesto que no podemos acabar con el robo y el homicidio, hay que convenir en un modo de vivir que los sujete á una regla, á cierta vigilancia, de manera que la ley estipule, por ejemplo, sobre los tres pun-

tos siguientes: en qué sitios, á qué horas, y con qué condiciones será lícito robar y asesinar.»

La desigualdad con que son tratados los viciosos de ambos sexos, inspira tambien á nuestra autora páginas elocuentes. No lo son menos las que dedica á combatir los errados cálculos del egoismo de las mujeres bien acomodadas que no compadecen ni tienden una mano amiga á las desdichadas que están al borde del abismo de la prostitucion ó á las que han caido ya en él.

»Por ser hijas de pobres, dice, más digna de compasion es su suerte... Guardáos, os lo suplico, de dar por más tiempo la moralidad pública como pábulo á esa levadura de ódio que fermenta ya demasiado en el seno de las clases trabajadoras. ¡Harto saben que á sus espensas se hace la horrible trata de los blancos!»

Hablando de la imposibilidad de que el hombre que frecuenta las casas de prostitucion, sea honrado, decente, ni puro en la suya, dice:

«Si fuera posible que una noble cortesía pudiese coexistir en el mismo sujeto con el más vil egoismo; si hubiese medio de conciliar en su persona los hábitos de inmundicia con el culto de un amor puro, aún en este caso nos negaríamos á acceder al sacrificio de la última de aquellas mujeres que, despues de todo, no dejan de ser nuestras hermanas; apartaríamos con horror nuestra vista de un hogar doméstico que no se conservase puro sino por el envilecimiento de ellas, y elevaríamos nuestra protesta en contra de una felicidad fundada en su miseria y perdition.»

La Voz en el desierto no se hubiera levantado sin fé: el corazon de que ha partido, la tiene en el triunfo de la causa que defiende y afirma que,

«El espectáculo de la Roma imperial es la demostracion indirecta de la inmortalidad del alma, y la fisiología materialista no prevalecerá nunca contra el primer capítulo de la Epístola de San Pablo á los Romanos.

»La ley moral lo ha condenado en su principio, la humanidad lo repudia bajo todos conceptos, y él mismo acaba de desacreditarse por sus propios resultados. El sistema de prostitucion legal ú oficialmente tolerada, acaba por la bancarrota.»

No puede hacerse resúmen de un escrito que es él mismo un resúmen, pues no tiene más que treinta y seis páginas; rogamus á nuestros lectores que procuren leerlo. Nosotros no cumplimos ni con haberlo leído, ni con procurar dar idea de él. Algo

más debemos y volveremos á ocuparnos de este asunto otro dia.
Gijon 4 de Junio de 1877.

CONCEPCION ARENAL.

LO SÉRIO Y LO FRÍVOLO.

No hay duda que los progresos y las escelencias de la civilizacion forman un espectáculo admirable y constituyen un bienestar material en la vida publica de los pueblos y en la particular de cada individuo.

En ese bienestar, sin embargo, entra por base principal la materia, es decir, el placer, la comodidad física y todos esos goces que nacen de las impresiones del mundo exterior, que llegan á nuestra alma.

¿Es esto razonable, siendo casi exclusivo en muchas personas? ¿Creerán llenar el objeto para que fueron creadas con atender solo á esos refinamientos sibaríticos? ¿Estarán satisfechas de llenar sus deberes de todos géneros, solo por no infringir los que expresamente les imponen la ley religiosa y los principios morales?

Creemos que no: creemos que hay en esto un error de buena fé. Parécenos que entra por mucho, para producirlo, un estado de nuestro espíritu que constituye para muchas gentes la normalidad de su vida entera, debiendo ser la excepcion. Tales son el aturdimiento y la irreflexion.

El hombre tiene deberes importantes que cumplir, reflexiones útiles que hacer, observaciones interesantes en que ejercitar el poder de su imaginacion, y hasta placeres y goces puros que debieran interesarle y conmoverle; pero de todo esto suele prescindir, porque se aturde, porque deja lo sério por lo fútil, y porque se rodea de una atmósfera de frivolidad.

¡Dios nos libre de que algun lector se alarme de esta introduccion y crea que pretendemos exigir de todo el mundo la severidad del filósofo ó la sublimidad del santo! Nada de eso; conocemos la sociedad en que vivimos, y que no es empresa fácil, ni á nuestro alcance, ni de nuestro propósito, el tratar de regenerarla con cuatro reflexiones aisladas. Lo que deseáramos y pretendemos es indicar algo de lo mucho grande y bueno en que las gentes no se ocupan por estar ocupadas en numerosas pequenezes, indignas de dominar por completo su espíritu.

Para demostrar esta verdad, descendamos á hechos prácticos de la vida vulgar y prosáica que, por desgracia, es la más generalizada en el mundo. Tomemos un tipo aislado. que de seguro será el retrato de muchos; fijémonos en una persona imaginaria y veamos en qué emplea todo su tiempo.

Si tiene negocios ú obligaciones de profesion ó de destino, aplica á ellos su principal atencion y la mayor parte de su tiempo; luego pasea, se divierte, si puede, goza ó sufre, piensa en la política y en las cuestiones de localidad, cultiva las relaciones cariñosas de familia y las no siempre afectuosas de sociedad, y hasta cumple sus deberes religiosos, porque no queremos fijarnos en un tipo exagerado ó repugnante en ningun concepto.

Ese hombre, sin embargo, va pasando la vida frívolamente, haciendo su peregrinacion por este mundo sin fijarse más que en lo que directamente interesa á su egoismo ó á sus sentidos. Se parece en cierto modo á un viajero ciego que atraviesa un país delicioso sin apercibirse de sus bellezas.

El alma no se ha hecho para eso. Aparte de sus aspiraciones de *ultratumba*, aun durante su estancia en este mundo, hay cosas más dignas de su atencion que las frivolidades de la sociedad. Hagamos la experiencia en nosotros mismos.

Vamos, por ejemplo, á un paseo público, y, ¿qué vemos allí? Coches, trenes, lujo, mujeres encantadoras, hombres ansiosos de placer, bullicio, animacion, y... nada más. Pero si apartamos la vista de esta parte exterior del paseo, ¿cuánto puede profundizar y descubrir á cada paso un espíritu observador!... Filosofemos unos momentos.

Estamos en una alameda de frondosa arboleda. ¡Alto en ella, paseante vulgar! Ese robusto árbol que levanta orgulloso sus elevadas ramas, es un prodigio de vida vegetal. Nació de un grano de semilla, desarrolló con débil tallo, que ha ido creciendo luego y derramando flores, fruto, sombra y frescura. Cada año se despoja de su verdadero ropaje y queda durante el invierno como en un letargo de algunos meses, reducido, al parecer, á un tronco inerte, hasta que las brisas primaverales hacen circular la sávia que sale de sus raíces y nacer nuevas hojas y nuevos frutos. Si el Criador hubiera dispuesto que hubiese en el mundo un solo árbol, se hablaría de él como de un prodigio increíble, y los países se despoblarían por ir á contemplarlo. Y sin embargo, nuestro paseante frívolo lo mira sin verlo, es decir, sin dedicar ni un minuto de reflexion á lo que el árbol representa.

Pero en ese paseo no hay solo árboles. Nuestro hombre se ha

sentado para descansar; quizás está haciendo maquinalmente círculos con el baston en la tierra apisonada que forma el pavimento, y ve con la mayor indiferencia una procesion de hormigas que van y vienen de un punto á otro, cual batallon organizado que marcha á la desfilada. ¡Quién hace caso de hormigas! ¡Si fueran perros que entretienen ó caballos que divierten!... Y sin embargo, la hormiga es otro prodigio. Aquel diminuto animal tiene un cuerpo microscópico, con los mismos elementos de vida que un elefante ó un toro. Allí hay tráqueas porque respiran, estómago que digiere, sangre que nutre, músculos que facilitan los movimientos, y sobre todo, instintos que hacen de la hormiga un ejemplo de perseverancia, de trabajo y de prevision.

Si dejando árboles y animales, echamos una mirada al rio cercano, cuyas aguas discurren mansamente hácia el mar, ¡qué de reflexiones puede sugerirnos esa masa acuosa! ¿De dónde viene? ¿Cuáles son sus transformaciones y á dónde va? Del fondo de la tierra al manantial que sale á su superficie; de esta al arroyo; del arroyo al rio; del rio al mar, y de éste á las nubes en forma de vapor para volver á descender en forma de lluvia... ¡Qué sorprendente movimiento de las aguas! ¡Qué poco se estudia y se admira ese elemento que parece cosa tan vulgar, y que sin embargo es indispensable para la existencia del hombre, del animal y de la planta! Si la Providencia divina dispusiera que el agua desapareciese por completo, el género humano pereceria en pocas horas.

Pero ese rio tiene en sus aguas un reflejo que parece platear su superficie. Son los últimos rayos del sol que va á esconderse en las colinas lejanas. ¡Esconderse! Así se dice vulgarmente, pero el sol está fijo; la que se mueve es la tierra. ¿Cómo? ¿Obedeciendo á qué leyes? ¿Quién rige ese mundo sideral, ese universo de astros que giran alrededor del sol que se presenta á nuestra vista bajo la forma de un disco luminoso? ¡Adoracion y silencio! La mente se abisma al fijarse en esa grandeza de la Creacion.

¡Arbol, hormiga, agua, sol!... Por todas partes magnificencias y prodigios que nosotros, sin embargo, ó desconocemos por irreflexion, ó desdeñamos por frivolidad.

Si dejando esos fenómenos naturales, echamos una mirada á las condiciones de la vida social, nuestro paseante hallaria algo más sério que los trenes en que fijar su atencion. Al lado de un coche magnífico va un mendigo; juntos pasean un viejo que está inevitablemente cercano á la muerte y un niño que aspira á grandes bocanadas el ambiente de la vida. Aquí hay un semblante alegre, representacion de una felicidad que sale al exterior; con él se cruza

quizás otro rostro tétrico, sombrío, emblema del dolor. Y si en los rostros nos fijamos, si miramos en ellos la imágen del interior, ¡qué diversidad de condiciones, de afectos, de caracteres, de virtudes y de crímenes quizá, podría presentarnos el efecto de este espejismo moral!

La imaginacion se aturde de tanta complicacion, de tanto misterio, de tantas cuestiones como se presentan irresolutas é irresolubles, y quizás por eso muchos hombres, no queriendo detenerse á discutir las, prefieren cerrar su alma á pensamientos sérios y alimentarse solo de los vulgares é indiferentes.

Uno hay, sin embargo, del que el hombre, por muy frívolo que fuese, no debiera jamás prescindir, y es el de los pobres que viven entre nosotros, á nuestra vista, y para los cuales nuestro perpétuo aturdimiento es ménos disculpable.

Queremos convenir en que la irreflexion es, más que el verdadero egoismo, la generadora del desvío é indiferencia que hay para con los pobres. No reflexionamos que son nuestros hermanos, que ninguna razon ha habido para que ellos pidan limosna y otros gasten en cosas supérfluas; que el rico pudo haber nacido pobre; que en todo rige una ley providencial y armónica que debemos acatar, porque la ha dictado un legislador que todo lo puede y todo lo sabe.

Pero por lo mismo que esa ley pudo habernos hecho á nosotros mendigos, y á los que lo son, ricos y felices, es la más trivial de las nociones de justicia y el más vulgar y natural de los sentimientos humanos el de la compasion hácia los desdichados y el de la caridad hácia los pobres. El aturdimiento, pues, hácia otras cosas, podrá encerrar mucho de absurdo y de injusto; pero el que se refiere á los pobres, el que nos impide pensar en ellos y dedicarles algo de nuestras simpatías, de nuestro tiempo y de nuestros recursos, es más que injusto, es perjudicial para el individuo á quien hace egoista, y para la sociedad entera, que necesita, para ser feliz, estar basada en el santo amor al prójimo.

En todas estas reflexiones sérias, no solo hay grandeza propia de la mucha que el alma humana es susceptible de comprender; no solo hay deberes morales que obligan tanto como la ley promulgada; hay tambien hasta placeres y goces, porque goce puro es profundizar algo las grandezas de la creacion y desarrollar los instintos de amor al prójimo, ocupándose algo de los desgraciados que sufren por el dolor y de los pobres que padecen por la miseria.

Si, pues, dedicamos una parte de nuestro tiempo á los negocios, á los placeres, á la comida y al sueño, ¿será mucho exigir algun rato, algunos minutos, á pensamientos más sérios? Parécenos que

no, si juzgamos de los demás por lo que nosotros hemos sentido durante los momentos ocupados en escribir estas líneas, muy mal si se atiende á su objeto, pero ménos mal si se mira á nuestra buena intencion.

FAUSTO.

LA PRIMERA LIMOSNA DE MARGARITA,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR MIGUEL AUBRAY.

(CONTINUACION.)

—¡Qué! ¿estábais seguro de que esto iba á suceder?—dijo Alberto con indignacion.—Pues yo estoy muy seguro de que Mr. Emmerich y Margarita estarán muy contentos de verme y me recibirán mañana, que iré allá.

—Haced lo que gustéis, amigo mio; podeis ir todos los dias.

—En verdad, Mr. Schmidt, que hariais perder la paciencia á un santo. Y no os está bien ese estilo de oráculo; permitid que os lo diga. Vos me habeis dado de Mr. Emmerich y de su hija noticias muy erróneas. Son gentes muy sociables, mal que os pese. ¿Sabeis dónde los he visto? En una distribucion de premios.

—¡En una distribucion de premios! Es cosa nueva.

—No tenian trazas de asistir á una cosa nueva; y despues de la ceremonia han esperado graciosamente á que un personaje de la reunion viniese á ofrecerles sus respetos.

—¡Vamos! pues ellos no conocian á nadie.

—No es cierto, pues que conocian á este señor á quien Margarita dió el brazo, y á quien Mr. Emmerich ha hecho entrar en su carruaje.

—¿Mr. Emmerich ha hecho entrar á alguien en su carruaje?

—Sí, en verdad; en un landó soberbio, muy á la moda, tirado por dos magníficos caballos negros. Ya veis que vuestra invisible y vuestro misántropo no han renunciado á todas las vanidades del mundo, como me habíais dicho.

—Parece increíble. ¿Y á dónde ha conducido Mr. Emmerich á ese desconocido?

—Al castillo de Montigny, segun supongo, pues tomaron ese camino.

—¡El camino de Montigny! ¡En verdad, capitán, que decís unas cosas! ¿Y no sabéis quién puede ser ese señor?

—Sí, pues he oído á los aldeanos que lo llamaban monsieur Verny.

—¿Mr. Verny? Lo conozco; doy lecciones de piano á su sobrina; es un hombre muy rico y muy estimado.

—¿Es casado?—preguntó con viveza Alberto.

—Sí, sin duda; y tiene una mujer encantadora y hermosos hijos. Pero no me explico cómo ha podido hacer conocimiento con Mr. Emmerich. Ni la hermana, ni la madre de monsieur Verny me han hablado nunca de vuestro primo.

—Sea de esto lo que quiera, os afirmo que hoy ha abandonado sus hábitos, y que todo lo que yo os he contado de él es la pura verdad. Pero, apresuremos el paso, si queremos alcanzar el tren.

III.

No era por efecto de la casualidad por lo que Mr. Schmidt y el capitán se habían encontrado en Dijon. El joven no conocía en esta ciudad más que á su antiguo profesor de música, y naturalmente se había dirigido á él. El buen anciano lo había acogido con grande alegría, no queriendo abandonarlo, y lo había acompañado por la ciudad, y se decidió á hacerlo á Montigny, al ver que Alberto quería ver á Mr. Emmerich.

Al día siguiente de la distribución de premios, nuestro obstinado viajero volvió á casa de su primo; pero esta vez lo hizo solo. En la disposición de espíritu que se hallaba, el mejor amigo le hubiera sido insoportable. Desanimado, irritado y abatido, pensaba en si tendría fuerzas para hacer otra nueva tentativa, caso de que esta le saliera inútil.

Eran las cuatro de la tarde cuando llamó á la puerta del patio, que con sorpresa suya se abrió inmediatamente, y el ama de leche de la señorita Margarita, que era una alsaciana

fresca, pero con escasos atractivos, le dijo sin levantar los ojos y sin aparentar que le conocia:

—Entrad, señor; el amo está en casa y os espera.

Alberto enjugó su frente bañada en sudor, dando un suspiro de satisfaccion, y se dejó guiar por la buena mujer, la cual le hizo atravesar un patio, cuyo aspecto era por demás rústico. El jóven oficial iba examinando rápidamente todo cuanto veia. El pozo, cuyo brocal gastado por el tiempo, brillaba al sol, los nogales de troncos huecos, los ciruelos silvestres que se inclinaban hácia el barranco, y la cabra doméstica que saltaba por los riscos. Parecia que la casa se hallaba deshabitada; la puerta y las hojas de las persianas de las altas y anchas ventanas estaban muy cerradas, y no se oia ni ruido de pasos ni voz alguna.

La rústica alsaciana introdujo al viajero, primero por un vestíbulo bastante sombrío, y despues por una especie de biblioteca entarimada y cuyas paredes estaban cubiertas por madera de viejo roble. Componian todo el ajuar una mesita y algunas pocas sillas.

El filósofo, que se complacia en habitar esta austera mansion, leia cerca de una ventana cuyas persianas estaban apenas entreabiertas. Se levantó para recibir al oficial, y le alargó la mano con afabilidad, pero sin ninguna muestra de gran contentamiento.

—Seais bien venido,—le dijo con tono grave,—nos volvemos á ver en tristes circunstancias; si bien vuestro porvenir se presenta bajo el aspecto más risueño y habreis de hacer una brillante carrera; puesto que, cuando nos separamos, nadie podia prever que en tan poco tiempo habriais de obtener ese grado y esa condecoracion.

—¡Ah!—respondió Alberto con emocion,—si yo he llegado más allá de lo que esperaba, es por haber ido trás de lo que deseaba con constancia y empeño. Iba en ello la dicha de mi vida entera.

Hizo una pausa, y luego, tratando de serenar su voz, dijo:
—Margarita... es decir, la señorita Emmerich.

(Se continuará.)